

LA AURORA.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AURORA BOREAL.

(REMITIDO.)

Sorprendente á la verdad ha sido para muchos el raro fenómeno que bajo la forma de un vapor rojo y encendido se dejó ver en lo alto de la atmósfera en la noche del 22 de Octubre último formando un bello contraste con lo restante del cielo. Sorprendente, repito, ha sido su inesperada aparición; más sorprendente empero ha debido ser á todos los amantes de la ilustración, enemigos por lo tanto de toda superstición, ese fúnebre silencio, esa apatía criminal de algunos físico-químicos de esta Ciudad, cuyo destino es dirigir la juventud al conocimiento de todo aquello que, aunque á primera vista parece superior á la mente del hombre, es sin embargo susceptible de una descripción circunstanciada. Tal se nos presenta la *Aurora Boreal*, ese verdadero meteoro que en los tiempos de ignorancia sobresalía de tal manera la imaginación de los es-

pectadores que creían ver en él columnas ensangrentadas, antorchas ardientes, batallas aéreas, ejércitos de combatientes que se atacaran con lanzas encendidas, llegando algunos hasta afirmar que habían oído el choque de las armas, y que la estension eurogecida no era otra cosa que sangre humana. Unos veían en ella la próxima llegada del fin del mundo, otros á su vez el pronóstico de asoladoras y sangrientas guerras, llenando á todos de pavor y espanto la vista del mas hermoso de los meteoros. Véanse en confirmacion de esta verdad los efectos que produjeron sobre los habitantes de Paris las que aparecieron en los años 1465, 1553, 1615 y 1715, que ora velviéndose locos de sobresalto, ora marchando en procesion á los templos conducidos por la misma aristocracia, nos manifiestan las tinieblas en que se vieran sumergidos. Pasaron aquellos tiempos arrastrando consigo las supersticiones, pero

no de tal modo que arrancasen enteramente de los ojos del sencillo vulgo la estúpida venda que les impedía ver la luz. Por desgracia, en nuestro suelo vegeta en parte esa obcecación, y mas todavía en las actuales circunstancias en que según el espíritu de partido creen ver unos en la *Aurora Boreal* el sangriento pendón de Mayoite, al paso que á otros les parece el olivo de Minerva; asegurando á algunos haber distinguido en ella una corona de laurel, caracteres marcados del alfabeto y otros objetos que no existían mas que en la acalorada imaginación del necio espectador. Y cuando esto sucede en el suelo que al presente enarboña el oriflama de la ilustración, emblema de un gobierno libre, ¿podrá sin desdoro el amante de su patria permanecer en silencio, confirmando con él la supersticiosa afectación del vulgo? Desgraciadamente sucede así. Sin embargo, muy lejos de suponer dilucidar la materia, he creído de mi deber, con el objeto de obligar á los bellos ingenios que existen en nuestro recinto á esplanar é ilustrar mas la idea, indicar algunas de las teorías que puedan conducirnos al conocimiento de aquel meteoro. A ellos toca aplicarlas marcando las diferencias que haya podido presentar su aparición con aquellas.

Gasendo fue el primero que dió el nombre de *Aurora Boreal* á un meteoro luminoso que se deja ver á las veces en lo alto de la atmósfera por la semejanza sin duda que tiene con la verdadera *Aurora*, y observarse las mas en los países septentrionales. Es tan antiguo el conocimiento de este fenómeno que se remonta á siglos muy anteriores á los nuestros. El mismo Aristóteles nos dejó una prueba de ello comparándole á la luz de una lámpara moribunda, á la de una llama mezclada de humo, y por fin al fuego de un campo en que se quema el rastrojo: los colores mas visibles de este meteoro, añade, son el purpúreo, el rojo y el color de sangre. Posteriormente los modernos físicos se han fatigado demasiado para dar una esplicación conveniente de

su causa. Quién la atribuye á la atmósfera solar prolongada hacia la tierra, quién á la combinación del oxígeno é hidrógeno, quién á la del nitrógeno y oxígeno, quién ya la considera como un meteoro puramente eléctrico, y por fin con Arago y otros sabios á la influencia magnética.

La primera de estas opiniones fue recibida con mucho entusiasmo para ser duradera. Y en la combinación del oxígeno é hidrógeno ¿podremos reconocer su causa? Veamos los efectos que produce dicha combinación, analizando su origen.

Existe en la naturaleza un cuerpo combustible en estado aeriforme notablemente mas ligero que el aire atmosférico, á quien conocemos con el nombre de *hidrógeno*. Desprende este de las fermentaciones vegetales y animales que se verifican en gran número y cantidad constantemente en la superficie de la tierra, de la descomposición del agua y de otra infinidad de causas. No teniendo tal gas ninguna afinidad con el aire atmosférico, no puede por consiguiente combinarse con él, y siendo de una ligereza específica por la que debe ceder á la presión del mismo, vá rápidamente á ocupar las altas regiones y á sobrenadar en la superficie atmosférica, siempre que en su tránsito pueda evadirse de la inflamación que le ocasionára la chispa eléctrica. ¿Pero la elevación de este gas se verifica igualmente en todas partes del globo, ó si así no sucede, donde se eleva con mas abundancia? Siendo suma la temperatura á que los animales y vegetales se hallan espuestos bajo el ecuador, deberá ser mucho mas sensible su elevación, al paso que en los polos, si existe, será tan menguada su existencia que desaparezca al hacer. Ahora bien, si en las regiones meridionales se acumula constantemente una gran cantidad de hidrógeno, necesaria será su destrucción; pues de lo contrario no pudiendo descender por su ligereza, se formaría una masa incalculable. He aquí pues el agente

que tiende á destruirle y como lo efectúa. La chispa eléctrica que casualmente encuentra al hidrógeno, luego le pone en combustion, pero esto no puede verificarse sino en aquel punto donde este gas se halle en contacto inmediato con el aire atmosférico, (porque no dándose combustion sin oxígeno, es fuerza que el cuerpo inflamable lo tenga con él. Esto supuesto, vengamos á los efectos de la combinacion del hidrógeno y oxígeno. ¿Cuales son? El trueno, el relámpago, el rayo. Y ¿por qué en las regiones polares no se observan estos fenómenos? Porque no existe hidrógeno, y si existe como he dicho, es en cantidad insuficiente para ello. Luego apareciendo, como generalmente sucede, las *Auroras Boreales* en el Septentrion, no reconocen su causa en la combinacion del hidrógeno y oxígeno.

Para atribuir las *Auroras Boreales* á la materia eléctrica, será forzoso admitir que no tienen su origen en la atmósfera contra el parecer de tantos físicos que aseguran en sus observaciones todo lo contrario; lo será tambien que esta materia eléctrica brille en el vacio y que la aparicion de la *Aurora Borealis* se deje ver á un mismo tiempo en todo un emislerio, contrario á lo que muchas veces sucede. ¿Será la causa de este meteoro la combinacion del nitrógeno y oxígeno? Al menos parece algun tanto probable: repetidos experimentos afianzan esta opinion.

Pero existiendo estas mismas sustancias aeriformes en el ecuador ¿por qué no se dejan ver allí estos fenómenos? Porque habiendo, como dije, en estas regiones gran cantidad de hidrógeno, y teniendo la chispa eléctrica á combinar mas bien este gas con el oxígeno, no lo verifica con el nitrógeno. Bajo este supuesto la combustion del nitrógeno en los polos por el restablecimiento del equilibrio del fluido eléctrico, deberá ser lenta, y por lo mismo podrá durar muchas horas, dias y aun semanas enteras. Sin embargo por mas lenta que sea, llevará consigo el desprendimiento de

mucha porcion de calórico y lumínico, sustancias que mutuamente se hallaban combinadas con el nitrógeno y aire vital. Permaneciendo pues tal combinacion en la atmósfera, se dejará ver un vapor rojo y resplandeciente que son la luz y el calórico, reconociendo generalmente un centro ó foco de descansa los círculos que describe. Este vapor de color de fuego se estenderá mas ó menos segun la expansion de la combustion: de aquí las varias formas en que se nos presenta, ora describiendo mangas de fuego, ora al parecer torres almenadas figuradas por rayos de luz y otros mil variados objetos.

¿Podremos concluir fijando por origen y causa de la *Aurora Borealis* la influencia magnética? Grandes y repetidas pruebas se necesitan para sentar un principio en materia tan ardua. Sin embargo los experimentos de Biot y Arago prueban á lo menos que existe una relacion íntima entre las causas de dicho fenómeno; y las del magnetismo terrestre. Y ¿podrá acaso negarse la influencia que ejerce este meteoro sobre las propiedades magnéticas? Es innegable segun los repetidos experimentos del observatorio de Paris donde se ha notado que la aparicion de este meteoro produce una revolucion ó oscilacion en la brújula, alterando la declinacion, inclinacion é intensidad de la aguja imanada. De lo cual resulta que es imposible desconocer la grande afinidad y conexion oculta que existe entre la *Aurora Borealis* y los fenómenos magnéticos. Pero ¿acaso este meteoro no reconozca otra causa que la influencia magnética, haciendo que sea causa lo que aparece mas bien como un efecto, y desconociendo hasta tal punto la afinidad y conexion que existe entre este y el fluido eléctrico? No de otro modo se explicaria la oscilacion y cambio de direccion que se observa en la aguja magnetizada al aproximarse á una corriente eléctrica, siendo esto por decirlo así, como un indicador de la direccion, presencia é intensidad de este fluido, ó bien como un electrimetro de que se hace uso con la brújula.

No obstante grandes y multiplicadas pruebas, se necesitan para aclarar y sentar principios que nos conduzcan al conocimiento de este magnífico meteoro. Sin embargo es de esperar que la límpida pluma de los sabios físico-químicos nos dilucide la idea comparando las diferencias que hayan podido existir entre el fenómeno que apareció el 22 de Oc-

tubre y las muchas teorías que existen en el día. Este y ningún otro ha sido el objeto de aventurar este artículo. Lo concluyo con las palabras del célebre Mairan. *La Aurora Boreal no es mas que un puro fenómeno formado en la atmosfera terrestre, como el relámpago, exhalaciones y demas fenómenos naturales.* N. M. de R.

QUIERO SER LITERATO.

Tengo yo un sobrino que me ha hecho pobre á fuerza de gastar en maestros que le sacasen del paso, pero mi sobrino no ha aprendido otra cosa que ha hacer el pedante y hablar de todo sin entender nada. Llegado del aura de la gloria abandonó el mostrador y se hechó de repente á compositor de redondillas, pasó despues á la seccion de romanticismo y últimamente se ha empeñado en ser redactor de periódico. Como no ha estudiado una palabra y se ha vendido los libros que le compré el chico es un prodigio: sus obras son todas hijas de la inspiracion y es todo un genio que hace honor al pais donde nació. Noches pasadas vino amostazado y no quiso cenar: á fuer de buen tío entré á preguntarle si sentia alguna indisposicion, pero el arrogante joven me respondió hecho un energúmeno, qué quiere V. que tenga? He ido á personarme con los redactores del periódico A. y han tenido valor de preguntarme si sabia gramática castellana. Vea V. qué vaciedad, ¿qué falta hace la gramática para nada? Si todo el que ha de hablar ó ha de escribir habia de saber esa paparrucha de gramática estábamos bien compuestos. Cuantos hombres conozco yo que han hecho muy buenas pesetas sin entender una palabra de esa cosa; y ¿V. tío no tiene un capital considerable sin entender

una palabra de eso? luego no es menester para nada. Además me han dicho que les llevara alguna muestra de mis folletos, y yo he sacado el drama que estoy componiendo: se han sentado y he empezado á leer y apenas he hecho relacion de los personajes, ya he notado un marañullo poco lisongero; pero imperterrito he seguido delante de aquellos necios y al llegar ó decir: sale á la última escena un escuadro de caballería á prender á los frailes, se han hechado á reír estrepitosamente y no han cesado en un cuarto de hora. Sin embargo: me han rogado que continuase; y al comenzar el primer acto que sabe V. es sorprendente, donde se deguella al Rey y la Reyna y los 10 palaciegos; me ha agarrado uno de ellos y me ha dicho: buen hombre, V. no es para el peso. Vuelva V. á su mostrador: sea tan hombre de bien como su tío y no se meta en camisa de once varas. En la sociedad todos nos necesitamos: el hombre hourado y que sirve á su pais con su destino y sus manos, es tan acreedor á la gratitud de la patria como el que la ilustra con sus escritos. Vaya V. amigo mio, vaya V. á refrescarse! V. no sabe hacer nada: sus coplas son detestables: su romanticismo una locura: su prosa si no se lee gramática, si no ha leído nuestros mejores hablistas que quiere V. que sea? Re-

tírese V. con sus honores, y considere que ya ha dado bastante que reír al público con sus tumbas y sarcófagos, con sus torreones y puñales. No olvide V. que eso de escribir, sobre originar largos disgustos, no es oficio que se aprende en dos días: mi buen sobrino, bramaba de cólera y creí se volvía loco

cuando yo le respondí, que todo lo que le habían dicho era el puro evangelio y que de consiguiente había formado la resolución de que volviera al mostrador ó rasgaba el testamento que tenia hecho en su favor. Felizmente ha aprovechado el consejo; ¡cuantos hay que lo necesitan!

TEATRO.

Representacion de D. PEDRO EL CRUEL, drama en seis cuadros y en verso de D. JOSÉ MARIA HUICI.

(CONCLUSION.)

Sale D. Pedro, seguido de los suyos en busca del traidor judío á tiempo que Hinestrosa mirando desde la ventana anuncia la llegada del Conde de Trastamara y que se dirige al Castillo. Oyense voces de viva á lo lejos que acclaman con entusiasmo á D. Enrique, y D. Pedro dice con la mayor intención:

Viva, sí, viva un momento,
y despues la eternidad.

Entra el Conde acompañado de Beltran; saluda afectuosamente á su hermano que le contesta con fingida afabilidad suplicándole se siente para hablar despacio. En seguida pasa á decirle que reconoce su error, y acusa de necedad el haber sostenido tanto tiempo la lucha por una infiel muger; despues hace una reseña de las desgracias y azares que sufrieron las armas de D. Enrique, añadiendo que jamas fue vencedora

la traicion. Este indignado al oírlo se levanta furioso diciendo á D. Pedro si olvida que su venida al Castillo ha sido para celebrar un convenio. El Rey dice entonces con la mayor altivez y desprecio.

Fuera mancilla
Tratar con un Condezuelo,
Bajad vuestra frente al suelo,
Lo manda el Rey de Castilla.

D. Enrique y Beltran creyendo son vendidos desembainan las espadas para defenderse. D. Pedro llama á los maderos, y al mismo tiempo que D. Diego é Hinestrosa á la cabeza de estos arremeten al Conde, y Beltran sale por la puerta secreta que marchó Ramirez trayendo asido á Samuel, seguido de D. Fernando de Castro y soldados del Conde. D. Fernando manifiesta á D. Enrique que el judío le ha salvado. Los soldados del Conde piden la muerte de D. Pedro, mas

ceden sumisos á una voz de aquel. Llega tambien Doña Maria precipitada á implorar piedad de D. Enrique, y este por un efecto de su caracter magnánimo y caballeroso la dice con dignidad.

Jamas, Señora, mi acero
Del vencido es matador,
Que si es D. Pedro traidor,
D. Enrique es caballero.

Y luego dirigiéndose al Rey.
Presto D. Pedro venid,
En la llauura os aguardo:
Si aqui os perdona el bastardo
Será implacable en la lid.

Y tú judío traidor, (á Samuel
asiéndole y entregándole al Rey)
Que asi á tu Rey has vendido
Y tanta sangre vertido
Para saciar tu furor;
Déte D. Pedro el castigo
En su justa indignacion,
Que si estimo tu traicion
Soy del traidor enemigo.

D. Pedro le toma del brazo y dice con un aire infernal. "Gracias Enrique." Samuel pide al Conde que le salve, mas este le dice es imposible, y márchase repitiendo al Rey con entereza, que en el campo le espera. El vil judío implora afligido su perdon, pero el Rey furioso y despreciando sus ruegos, hace terminar su existencia atravesándole el pecho con la daga.

El poeta nos trasporta al campamento de D. Enrique inmediato á Montiel. En una mesa se hallan los caudillos castellanos, y en la otra varios aliados franceses, que aprove-

chan el tiempo entregándose á la alegría y al jerez con objeto de dar descanso á su hélica fatiga. Despues de hacer los castellanos un recuerdo de todas sus azañas, especial costumbre de todo guerrero, D. Fernando del Castro exige de sus amigos le prometan que si muere en el asalto del Castillo que ha de tener lugar el próximo dia despreciando los ruegos y lágrimas de su hermana D.^a Juana, traspasaran su corazon vengando así el ultraje que ha hecho á su familia; pero tratan de disuadirle diciendo que bastante castigo ha dado el cielo á su desvío. D. Alonso hace reparar en Beltran asegurando que querrá marchar el primero al asalto; mas D. Fernando justo enemigo de los estrangeros, dice que nó será, pues fuera un baldon para las armas castellanas.

Empiezan á hablar Beltran y Hugo de la guerra que sostienen en Castilla alabando la generosidad de D. Enrique. En este dialogo son dignos de notar los versos que el poeta ha puesto en boca de Beltran con tan feliz oportunidad y acierto, que no pueden menos de despertar hasta en el mas apático espectador su justa indignacion contra los infames transpirinaicos.

Dice asi al indicar á Hugo el objeto de su venida en auxilio de D. Enrique.

En castilla nuestro objeto,
No es el de apoyar á Enrique
Ni el de librar á este reino
Del tirano que lo oprime;
Sino el de atizar el fuego
De la discordia y medrar

A la llama del incendio;
 La sangre que aquí se vierte
 Fructifica en nuestro suelo;
 Guerra pues, guerra en Castilla
 Por sostenerla lidiemos.

Hugo victorea á Enrique, y los caballeros castellanos danle las gracias y le invitan así como á Beltran y demás á que pasen á beber juntos; brindan todos y Hugo dice que las bellas y el vino es lo que mas aprecia en España, pero Beltran le dice con intencion que todo es bueno. Llega el Conde D. Sancho y saluda á todos dándole las manos, y noticia la muerte de D.^a María en Sevilla, y que sus habitantes se hallan entregados al mas profundo dolor por la pérdida de esta virtuosa muger; pregunta cuándo es el dia señalado para el asalto, y contéstanle que el inmediato. En esto se oyen voces dentro de "gente armada de Montiel", y todos se dirigen á ver si es algun parlamento. Preséntase D.^a Juana en traje de caballero completamente armado, entrega á Beltran un papel y se separan de los demás.

D.^a Juana le manifiesta que cansado D. Pedro de tan sangrienta lucha, y deseoso de devolver la paz á Castilla propone al nuevo Rey honroso tratado, teniendo antes una entrevista en su tienda; le suplica á Beltran que recuerde ha servido á D. Pedro mientras le fué propicia la suerte, y que interponga su influencia con aquel para su logro, mas Beltran le contesta prevenga á D. Pedro que desde luego entregue el castillo de Montiel con su gente, y venga á pedir merced á D. Enrique pasando á tomar asilo en el estrangero reino, donde

podrá encontrar consuelo olvidando el brillo de la corona. Despues se reúne á los demás franceses con aire de triunfo, asegurando que sus planes van á realizarse. Doña Juana sola clama contra su cruel estrella, y al implorar la muerte, recuerda que acaso mañana será feliz al lado de D. Pedro ocupando de nuevo el trono de Castilla, pero lo espresa con tal energía y naturalidad de que no puede darse una idea exacta si es copiando los preciosos versos siguientes.

¡El de la muerte! ¡Y por qué?
 ¡Por qué en la muerte pensar
 Cuando hoy tal vez del penar,
 El término encontraré?
 ¿Qué importa que el crudo acero
 Levante la impía mano
 De injusto y cruel hermano
 Contra una debil muger,
 Si otro hierro mas audaz
 Afianza mi reposo
 Devolviéndome el esposo
 Y el trono que perdí ayer.

Sí, D. Pedro tu rival
 Cuando vencido te crea
 Yerto á tus plantas se vea
 Que sea el golpe mortal.
 Si no te falta el valor
 Triunfarás en solo un dia
 De la rebelion impía
 Que en Montiel te aprisionó;
 Pero si inclemente el hado
 La venganza no consiente,
 Y lanza el rayo á tu frente
 Contigo moriré yo.

Situacion estudiosamente descrita; complemento de la estremada ambicion y orgullo que abriga y que solo puede tener término en el de su vida. El poeta no ha podido presentarnos mas perfecto

el carácter de D.^a Juana. En la siguiente ha estado también felicísimo al presentar la odiosa intencion de los estrangeros con especialidad al tratar del asesinato de D. Pedro en que dice Hugo.

No entienden de asesinar
Estos necios castellanos,
Idólatras del honor
Fian su triunfo al destino,
Y miran al asesino
Con caballeresco horror.

Beltran. Posee nuestro secreto
Y decir puede que un día
La Francia le protejía
Contra Enrique.

Hugo..... Yo prometo
Qué el secreto guardará.

Beltran. Armaráse una asonada,
Y la tropa desmandada

Hugo. Justo: lo asesinará.

Beltran. Nosotros mismos....

Hugo..... Entiendo
Damos fin de su persona,

Beltran. Luego la fama pregona
Que pereció convatiendo.

Está en nuestros intereses

Que caiga bajo el puñal.

Hugo... El lance no saldrá mal,
O somos ó no franceses.

Toda esta escena es uno de los mas brillantes rasgos del autor, pues á su feliz oportunidad y hermosa versificación reúne el examen detenido que ha hecho y conocimiento tan completo que ha formado del carácter venal de esos nuestros generosos aliados que solo medran sobre nuestra ruina, haciéndonos vil juguete de sus caprichos en que sacian su sed de destrucción. Quiera Dios que olvidemos un día hasta el odioso y simple

nombre de *Francia*. Entonces conoceremos bien el cúmulo de males que nos ha originado la proximidad á ese reino donde solo domina el genio del mal. Más.....el patriotismo nos distrae de seguir el objeto propuesto cual es el del drama.

Oyese ruido en la tienda de D. Enrique y al verle salir se retiran todos los caballeros menos D. Fernando á quien saluda diciéndole que en breve verá á su hermana. Este le contesta que lo espera con impaciencia, mas D. Enrique conociendo su intencion le ordena respetarla como rey y como amigo. Siéntase, y con un aire reflexivo en actitud de contemplar hace la reseña mas exacta de su triste destino desde sus amores con D.^a Juana de que solo puede formarse concepto copiando los halagadores versos en que lo espresa.

En vano de mi destino
De continuo
Quiero templar el rigor:
Mas que la lucha sangrienta
Me atormenta
Cruel recuerdo de amor.
Era dichoso algun día
Y creia
En la muger que me amó;
Pero presto en amargura
Mi ventura
Injusto el hado trocó.
Por un trono la inconstante
A su amante
Abandonó sin piedad:
Y en vez de justos enojos
Aun mis ojos
Lloran su infidelidad.
No contento con su suerte
La mi muerte

Quiso un hermano dictar;
 Y de un vasallo sumiso
 Fué preciso
 A las armas apelar.
 Desde entonces por dó quiera
 ¡Suerte fierá!
 Veo esterminio y horror.
 El trono que he conquistado
 ¿Qué me ha dado?
 Largas horas de dolor.
 ¿Qué es el cetro y la corona
 Que aprisiona
 El alma como la sien?
 Goce mentido de ensueño
 Alagüeño,
 Ilusion vana del bien.
 Quizá mañana á mi mano
 Un hermano
 Deberá el golpe mortal,
 Dios mio en el trance fiero,
 Ten mi acero
 No sea tan criminal.
 Y á la muger despiadada
 Que ofuscada
 La cruda guerra encendió,
 Perdónala bondadoso,
 Dios piadoso,
 Como la perdono yo.

Escena de sumo interes tanto por su concepto quanto por la difícil y preciosa versificación, la cual es por primera vez usada en producciones dramáticas, siendo de doble mérito para el autor que ha sabido introducirla con feliz precisión.

Llega Hugo noticiando á D. Enrique que los soldados están impacientes y ansiosos de sofocar el orgullo de D. Pedro y los suyos que se hallan en el castillo de Montiel. Beltran manifiesta que no es extraño se muestren los tercios descosos de lidiar, pues anhelan dar

en breve la paz y vengarse del tirano. D. Enrique contesta que jamás cedió su valor, pero que no olvide que el que quieren que muera es su hermano. Beltran insiste diciendo no merece tal dictado su crueldad, y le recuerda para escitar su furor las acciones más horrorosas, como la muerte de su Madre D.^a Leonor de Guzman, el envenenamiento de D.^a Blanca, y el asesinato de D. Fadrique y sus demas hermanos. D. Enrique lleno de indignacion y furor al oír las palabras de Beltran promete vengarse marchando sin dilacion al asalto del castillo. Se oyen voces que llaman á la lid y un centinela dentro grita "gente armada" D. Enrique espone la necesidad de ver antes si fuese parlamento, y el de Luna al oírlo pronuncia los siguientes versos llenos de fuego y entusiasmo patrio.

Gracia suplica

El que insultaba ayer al castellano
 Gracia sin duda su orgullosa frente
 Ante el poder del pueblo ha doblegado:
 Del pueblo que los tronos pulveriza;
 Que al despertar de su tenaz letargo,
 Solo á su soplo, cual la paja vuela
 Hecho astillas el cetro del tirano.

Aparece al fondo D. Pedro seguido de D.^a Juana armados y cubierto el rostro con la celada y dos caballeros en igual traje. Adelántase D. Pedro y alzándose la celada se dá á conocer á D. Enrique. Este admirado le pregunta qué puede haberle guiado á su presencia, y D. Pedro le dice que el de pedir su gracia; que si le place entrarán á su tienda

y pondrá de manifiesto lo que demanda. D. Enrique accede gustoso y previene á los caballeros que se obsérve el mejor orden en las tropas. Al entrar en la tienda desembaina D. Pedro con disimulo la daga y dice con un aire de triunfo.

¡Orgullosos! un solo instante,
Va á durar D. Enrique tu reinado.

Los caballeros castellanos y franceses se muestran descontentos en que se permita vivir á D. Pedro, y Beltran dice que si le perdona el Rey, él le espera fuera. Se oye en la tienda la voz de D. Enrique que grita, traicion. Se precipitan todos á salvarle, y sale éste acongojado arrojando la espada y diciendo que su propia mano ha causado la muerte á su hermano. Beltran contestá "defendiendooos" y corre la cortina de la tienda en que se deja ver el cuerpo de D. Pedro ensangrentado con la daga á su lado. Doña Juana al verlo da un grito de horror: su hermano la reconoce y quiere ir á su encuentro, pero ella tomando la daga le dice que su acero mismo le vengará, y al querer atravesar su pecho es detenida por los caballeros franceses. D. Enrique le dice que viva para espiar sus faltas en el claustro. D. Sancho aclama por Rey de Castilla á D. Enrique, y este concluye diciendo.

Libre respira, pueblo castellano,
Rotos tus hierros son. Ah! plegue al
cielo
Que cual tú vea el mundo alborozado
De libertad el sacrosanto grito
Convertidos en polvo los tiranos.

Este es el desenlace, estudiosamente presentado y que deja colmados los deseos del espectador, pues en él se ve el castigo de la impetuosidad de D. Pedro, y el orgullo y deslices de Doña Juana, así como el premio de la caballerosa conducta de D. Enrique, quedando solo el sentimiento de que no haya sobrevivido la virtuosa Doña Maria. No harémos mas reflexiones acerca del mérito literario del drama, pues creemos sería desvirtuarle, solo sí repetiremos al Sr. Huici que su obra es excelente pudiendo contarse entre las primeras producciones dramáticas y la robusta y armoniosa versificación llena de gracia y sensibilidad puede tambien servir de modelo, por lo que le aconsejamos que emprenda desde luego obras mas grandes seguro de su brillante resultado.

La ejecucion fué sumamente acertada por parte de todos los actores, pero no podemos menos de hacer particular mencion de las Señoras Martin, Palma, y Monreal y los SS. Mate, Monreal, Pacheco y Caltañazor, los cuales se poseyeron completamente de sus papeles y los desempeñaron con gran valentía y aplomo.

Al alzarse la cortina para dar principio al cuarto cuadro, el público impaciente no pudo resistir por mas tiempo á los embates de gozo y entusiasmo que experimentaba su pecho, y pidió la presencia del autor en la escena. Este despues de algunas instancias se presentó lleno de modestia, don que dá nuevo y brillante realce al genio; y el público alborozado le saludó con una lluvia de estrepitosos aplausos y arrojandole una corona de laurel natural. Satisfecha la mayor ansiedad general retiróse el autor y continuó la representacion sin que por eso cesase de recibir nuevas y repetidas muestras de satisfaccion, á pesar de que los espectadores reprimian á veces el manifestar su contento por no perder uno siquiera de sus alagadores

rsos. Al día siguiente volvió á ponerse en escena habiendo obtenido igualmente un éxito felicísimo.

El Exmo. Ayuntamiento de esta siempre heroica capital, digno protector de los jóvenes aragoneses que se dedican al cultivo de las bellas letras deseoso de dar una prueba irrecusable al Sr. Huici, del aprecio que le merece su obra, le concedió un beneficio, que tuvo lugar en la noche de 2 del actual. Si entusiasmado y lleno de júbilo se mostró el público en las dos primeras representaciones, no lo estuvo menos en esta. Al principiarse el tercer cuadro resonó un grito unánime y espontáneo que exigía la salida del autor al escenario, después de algunos momentos uno de los actores manifestó que no lo encontraba en el teatro, á lo que contestó el público, que se fuera á buscar donde quiera que se hallase; así se verificó,

y después de un corto intervalo en que no cesaron las aclamaciones, tuvimos el doble placer de ver presentarse por segunda vez al Sr. Huici guiado por la mano de su bizarro compañero de armas el Sr. Lugo, Cefe de la sección montada de artillería de M. N., cuyos individuos le hicieron el obsequio de una preciosa corona con que adornó el Sr. Mate la sien del joven poeta, y varias composiciones alusivas que leyeron los actores. Al llegar aquí es difícil bosquejar tan grandioso cuadro, y solo puede formarse una idea presenciándolo, pues la alegría y ardientes emociones del corazón ahogan la voz y no dejan articular las palabras siendo todo goce y sensibilidad inexplicables. Lor eterna, lauro inmortal al noble y esclarecido genio que da nuevo lustre y gloria á la invicta Zaragoza, cuna de héroes, á cuya vista doblan la rodilla hasta los mas formidables colosos.

NOTA.

En la página 115 línea 8 donde dice, puerta de la estancia, léase, *señalando al fondo.*

Perez Cuellar en su desesperacion dice los siguientes versos.

Y vosotros, esclavos de la tierra,
Que cobardes sufrís el férreo yugo,
Y al grito de un tirano que os aterra,

El cuello dais al hacha del verdugo,
Despertad del letargo; vuestras frentes
Alzad altivas del inmundo lodo,
Pulverizad los tronos insolentes;
Los déspotas son nada, el pueblo es todo.

Mas adelante dice el Rey á los suyos.

Ya lo ois señores,
Necio de aquel que de la grey se fia;
Ora que perecieron los traidores,
Gocemos de las fiestas de este dia.

ACTO DE JUSTICIA DE TRAJANO.

Marchando el Emperador cinto, se arrodilló delante de su Trajano á la cabeza de su ejército, caballo una viuda muy pobre

y le suplicó con las lágrimas en los ojos, vengase la muerte de su hijo que habia sido asesinado. Trajano le prometió que al volver de su expedicion le haria justicia. =Mas si fueseis muerto en el combate, contestó la viuda ¿á quién podria yo recurrir? =A mi sucesor, dijo el Emperador. =Y ¿qué gloria tendreis replicó la desgraciada en dejar á otro este acto de justicia? ¿No os seria mas honorífico añadir esta buena accion á las que ya habeis hecho que no dejarla á vuestro sucesor?

El Emperador movido por

las lágrimas de la pobre madre, y convencido por razones, se apeó, hizo venir á los acusados, tomó exacto conocimiento del suceso, y á pesar de que los principales capitanes de su ejército le instaban á continuar su marcha, no quiso verificarlo hasta que hubo terminado el negocio. El Príncipe hizo pagar á la viuda una suma considerable, relevando á los criminales, de la pena de muerte.

Esta accion de la vida de Trajano está consignada en un bajo relieve en la plaza que lleva su nombre

FLORESTA-

Sabemos que los Sres. Huici y Mate han concluido la traduccion de una linda comedia titulada *Arturo, ó diez y seis años despues*, la que se ejecutará en breve á beneficio de un apreciable ac-

tor. El nombre de sus traductores nos parece suficiente garantía de su brillante éxito, puesto que la pieza en sí es de sumo interés y llena de rasgos dramáticos.

La redaccion de este periódico se halla establecida en la plaza del Carbon núm. 6, donde se reciben suscripciones á 5 rs. vn. al mes en Zaragoza, y 6 en las provincias franco de porte.

Puntos de suscripcion: Madrid, Boix; Alicante, Carratalá; Bilbao, Garcia; Lerida, Sanmartí; Huesca, D. Bartolomé Martinez.

Editor Resp. A. de V. Roquer.

ZARAGOZA; Imprenta de Manuel Vita, 1839.